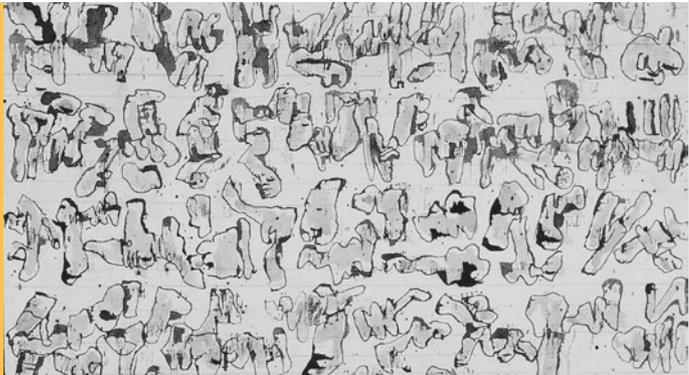


El brillo y la palabra

JUAN CALZADILLA



COLECCIÓN POESÍA VENEZOLANA
CONTEMPORÁNEOS

Fundación Editorial


elperroylarana

El brillo y la palabra

© Juan Calzadilla
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de colección

Emilio Gómez
Mónica Piscitelli

Imagen de portada

Juan Calzadilla:
Alfabetización amorfa de un espacio intensivo, s/f
37,7 x 21,4cm. Tinta china y témpera

Edición

Oswaldo Antonio González

Corrección

Francesco Sarpi

Diagramación

Joyce Ortiz Montoya

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2018000713
ISBN: 978-980-14-4162-5

COLECCIÓN POESÍA VENEZOLANA

La metáfora que nos multiplica en las costas del asombro, vasija multiforme, hecha arcoíris metálico, como un canto lunar sobre los caminos, como copla sembrada de sol para iluminar nuestra piel. Shabono alado, curiara de arcilla, lenguaje de aves, ceguera de mar, luciérnaga cósmica, sendero crepuscular, resplandor de agua. Eso es la poesía venezolana, ese es su cuerpo nacido de montes, hechizado de palmeras, esos son sus ojos tatuados de relámpagos, sus huellas tejidas de piedras. Desnudez de jeroglíficos y memoria florecida, la poesía venezolana es un lienzo extenso en el cual se han vertido todas las voces que forman nuestro imaginario y sensibilidad, desde el ritualismo y la magia de los pueblos indígenas, con la profundidad de su oralidad, pasando por las construcciones del verso hispánico, el vuelo de las coplas, las brumas del romanticismo y el misterio azul del modernismo.

Expresiones literarias que encontraron tierra fértil en la imaginación y el potencial creador de nuestros juglares, hasta las propuestas más irreverentes, experimentales y vanguardistas.

Para hacer de todas nuestras palabras posibilidad que conmueva, surge esta colección, tierra cosechada que ofrece sus páginas a la expresividad y manifestación libertarias de lo humano, esencia y aroma de la poesía en tres series: *Clásicos* reúne los referentes fundacionales; *Contemporáneos*, palabra de lo cercano, del fulgor y del viaje; y *Antologías*, ventana para la diversidad y las posibilidades del tiempo.

El brillo y la palabra

JUAN CALZADILLA



COLECCIÓN POESÍA VENEZOLANA
CONTEMPORÁNEOS

Prefacio

La naturaleza en sus distintas formas de presentación es el tema que prevalece en los textos que con el título de *El brillo y la palabra* he reunido en este libro. Esta advertencia es necesaria antes de entrar en la lectura de sus páginas para disipar el prejuicio que, de manera exclusiva, atribuye a mi trabajo literario un compromiso con la poesía urbana que actualmente se escribe en Venezuela desde los años sesenta.

Pocas veces he visto que el sentimiento de la vanguardia se aparte de la convicción que tiene el poeta actual de que escribe para lectores exclusivamente urbanos. Suponer que este criterio pueda aplicarse a toda mi poesía es ignorar que en opúsculos como *La torre de los pájaros* (1953) y *Primeros poemas* (1954), se hace presente la relación del alma del poeta con los elementos del paisaje y la naturaleza silvestre, como ríos, árboles y montañas; flora y fauna. De allí en adelante, a despecho de la adopción del verso libre y la influencia que recibo del Surrealismo para los libros siguientes, los asuntos de la naturaleza no cesan de copar mi lenguaje y alimentarlo a través de imágenes y metáforas que, en el mejor de los casos, abundan en vivencias infantiles del paisaje visual.

Lo bucólico está lejos de los espacios naturales donde me crié y continúo empleándolo en mis registros poéticos. Eso es cierto. Pero esto no obvia para reconocer que el sentimiento del lar, expresado incluso descriptivamente, interacciona constantemente como un flujo de imágenes, metáforas y símbolos urbanos fieramente almacenados por una memoria que conserva de las edades pasadas la lucidez del sueño y la precisión de la fiebre. Pero también la marca del lar aparece integrada a un lenguaje contemporáneo, donde esos elementos se funden, a medida que se traspasan los límites de lo real, con un registro más contemporáneo que roza el plano ideográfico o

abstracto. Tal podría apreciarse en libros míos anteriores, como *Oh, smog* (1977), *Diario para una poesía mínima* (1986) y *Ecólogo de día feriado* (2004).

Si el fin de la poesía no fuera también instructivo, no tendría sentido publicar libros en los cuales, más allá de las palabras, nos propusiéramos explicar los orígenes de donde venimos.

JUAN CALZADILLA

EL BRILLO Y LA PALABRA

Así tu avance

*Adelantar en un solo frente
como el fuego.
Salvaje ondulación del pasto
sitiado por la herradura roja
de la candela en el cerro.
En tanto, la hoja cruje para avisar
que solo defiende su silencio
cuando arde.
Así tu avance. Como la candela
no mires hacia atrás.
El desguace debe ser parejo.*

J.C.

En: *Aproximaciones a un decir siempre aplazado* (1990)

El brillo y la palabra

Desconfía de lo que brota repentinamente pero también, y aún más, de lo que necesita mucho tiempo para madurar.

No sobes tanto, decía a su alumno el profesor de escultura. Y a continuación, terminada la obra: “Si pules demasiado obtienes solo el brillo”.

Las palabras

No sé si las palabras reconocen
tan bien como el pan su sitio en la mesa.
Si poseen instinto para diferenciar a su dueño
con la precisión con que lo hace
el olfato del perro.
Si como el pan y el vino ocupan
un lugar exacto en la mesa
comunicando calor a las manos seguras
de alguien que sabe en este momento
lo que quiere. Si viven en su fuero a merced
de lo que se espera de ellas,
prestan a confiarnos,
cuando lo solicitemos,
el poema. O si, menos dadas que el pan,
solo renuientemente y con rabia,
sabias por fin entregan sus vidas oscuras y temibles
a quienes, poniéndoles cerco,
obstinadamente ensayan descifrar sus enigmas.

La inspiración

No escribo sobre aquello que pasa por mi cabeza.
Más bien escribo sobre aquello
por lo que mi cabeza pasa.
Vivo solo, encerrado en mi cuerpo.
Yo soy mi universo y mi solo firmamento.
A veces desde afuera una corriente de aire entra
cuando se abre la puerta
y un montón de cosas viene a instalarse en mi mesa.
¡Cuánto desearía yo que como la puerta
mi cabeza pudiera abrirse siempre!
Pero, ay, esto ocurre solo algunas veces.

Pequeño alfabeto

Las plantas crecen de su cuenta.
Nadie ve cómo ni en qué momento.
Su crecimiento es una acción pasada.
Al menor descuido tuyo, madura
un tomate. Volteas, y abre la flor
blanca del manzano.
Y crees que tu mirada contribuye
a ese pequeño milagro.
¡Cuán equivocado!
Todo pasa sin que te enteres.
¡Y tienes todavía el coraje
de creerte dueño del jardín!

Cantar a los pájaros

Observa con qué facilidad escribes
sobre pájaros. Pero, ¿cuántos has rodeado
amorosamente con el calor de tus manos?

¿Cuántos han latido realmente
bajo la presión de tus dedos?

¿Acaso has descrito
sin olvidar detalle como quien
conoce bien a un cuerpo amado?

¿Los has liberado acaso
del peso de tus palabras?

La ubre común

La mejor utilidad que presta el tiempo
deriva de consumirlo, de consumirlo enteramente,
gozoso, como los frutos.

Si no vives, lo has perdido para siempre.
Y sin embargo, ¿quién duda de que el tiempo
es como una ubre pública? Tienes que hacerte
un sitio debajo de él, y pronto, para que no
lleguen a decir
que lo desperdiciaste por estar pensando
en la mejor forma de exprimirlo.

Estos alegres bucares...

Estos alegres bucares, estos apamates,
en general, nos hablan poco.
¿Por qué tendrían que hablarnos?

Lo que tienen que decir ya lo han dicho
con sus follajes, con sus flores rojas y moradas,
con las vocales tiernas

de sus hojas frotadas por el viento.
Y lo seguirán diciendo
todos de la misma manera.

Basta mirarlos para que se agote en ellos
toda probabilidad de elocuencia.
Y su existir es reposada

presencia que en el solo
mirarlos se agota.
Pues si algo tuvieran que decir
se lo dirían a algún dios
oculto en sus frondas.

La cascada

Sentados en el barranco vemos la cascada
cayendo como sílabas blancas
fija sobre las grandes lajas
tal si una lengua oscura recobrara en el chorro
el uso de la palabra.
Y si enmudecemos nosotros es solo para percibir mejor
cómo en la columna de agua una voz sin descanso
repite uno tras otro nuestros nombres.
¿O será que la naturaleza, acaso oscuramente,
sin obtener respuesta, nos habla?

El médano

Incluso cuando está seco el lecho
de agua en el médano con la arena se lava.
Es tornasolado y reverbera
como el hierro fundido que el sol
a mediodía prepara.

El agua está ausente, es cierto
pero el cauce mantiene húmeda
en la arena sedienta
la esperanza de que llueva

pues batido por el viento
el polvo hora a hora lo lava.
Así también tu garganta
ávida de decirlo
espera las palabras.

Rayado en el cielo

El árbol de ramas secas en la sabana
raya como pluma o lápiz el firmamento.
Y piensa para sus adentros
que es una mano interna
la que, en él mismo, lo mueve
a escribir este bucólico poema
como banda que desplaza
azules y nubes
de página en página del cielo.
¿Pero acaso sabe él
que esa mano que traza
es la misma que tacha?
En esto también es humano.
Escribe, escribe y borra.

La lluvia

Tomas la lluvia por una de sus hebras finas
y no puedes comprobar si la parte asida
es la punta o el cabo de la hebra
porque al abrir la mano constatas
el destrozo del sortilegio.

-Tonto. ¡No tenías que tocarme
y mira lo que has hecho!

Lleno y vacío

Sin el árbol no te imaginas la función del hacha.
Ésta ha sido pensada para penetrar en él.
Lo que en el hacha es suma, en el árbol es,
golpe tras golpe, resta.
Lleno y vacío. Ruido y silencio.
El hacha habla y el bosque responde.
El hacha pone la música
pero el árbol es el instrumento.

Sobre un petroglifo

Déjame, piedra, retomar el hilo de la historia
en el punto en donde nada me aclaran las formas
que en la piedra primero dibujó el diluvio.
Déjame, piedra, que encuentre en ti el origen.
Déjame, piedra, que encuentre en ti la casa del ojo.
Déjame, déjame piedra, que recupere
en el surco abrasivo
la habilidad del que con tanta diligencia
grabó en ti las líneas de la vida.

La risa es pariente del aleteo

No es como dice Rilke que la risa es pariente del aleteo, sino que el aleteo ríe, ríe. Ascende en el aire como el deseo de la risa. Ni el aleteo ni la risa quieren permanecer quietos. La risa es a su aleteo lo que el vuelo al pájaro: Materializa durante un segundo su deseo de ser pájaro.

El poema

Que refleje pero que deje ver
Como el cristal, no como el espejo.

La realidad

Que se oponga pero que deje ver
Como la verja, no como la pared.

Rosa abolida

Es una lástima que en el sueño hayas visto una rosa abandonada en tu almohada y que al despertar tuvieras que destrozarla para comprobar que era verdadera.

Los pájaros

¿Es que volaron antes de que nos diéramos cuenta
de que podían hacerlo sin necesidad de tener alas?
¿O fue que nuestras miradas se las prestaron?
Así el poema.

Dos haikús

El lavamanos.

Del chorro brota una cascada.
Las rocas son mis manos.

Emerges por el chorro de la voz
cuando abres el grifo de tu boca.

La página

El pensamiento más trivial se torna necesario
cuando sabes prescindir de la rutina del diálogo
y vuelves al estado en que te hallas,
concentrado para suponer
que ahora mismo podrás escribir un poema.
Con más razón si frente a ti la página
su blancura extiende sobre esta mesa pobre
ante la cual una silla confortable
alarga sus dos brazos para dar más empuje
al gesto con que tomas la pluma.
Dispones de la calma inocente del tiempo
que, sin prisa, aguarda a que elijas
la primera palabra
cuando el dictado tenue y laborioso
de la luz que entra por la ventana
arroje un foco de azar sobre la página
donde no has escrito nada.

Consejo a los jóvenes poetas

No lo digas todo de un golpe,
dilo poco a poco.
Manda al diablo la versificación y la métrica.
La impostación y la retórica.
Promedia tus necesidades de verbalización
de modo que tu discurso no resulte
largo ni torpe.
El poema como el aliento debe ser corto
y las palabras no demasiado enfáticas
para que cuando te sientes a escribir
digas con exactitud todo lo que nunca
llegaste a saber de las cosas.

El poeta es un pequeño dios

Lo que he hecho es jugar.

Lo que he hecho es retirarme a mí mismo,
retirarme para dejarles mi sitio a las cosas
como hiciera dios ante el universo
con el fin de ocupar el puesto de este.

Lo que he hecho, quiero decir, es concentrarme,
pero a una escala mínima: la del poema.

Concentrarme como un pequeño dios
desalojado de sí para dejarle sitio al poema.

Los muros de mi ciudad

Los muros son los anfitriones más confiables
cuando llegamos a la casa desierta.
Uno siente, a falta de moradores,
que los muros nos hablan.
Naturalmente, lo hacen sin que se oiga una sola palabra
Y sin que nadie, como
no sea el silencio
que guardan, abra la boca.

En cambio, el horizonte solo es accesible
a las lejanías. Pone siempre entre él y nosotros
las distancias.
De nada vale que te precipites
a darle alcance.
Cuando llegues, ya se habrá
mudado a otro horizonte
que como tú es también errático y huidizo.

Regreso al lar (1953)

Menos ha cambiado la aldea para ella misma que para el muchacho lleno de ilusiones que la abandonó hace treinta años. Pues aún se levanta en la suave pendiente que da al río. Detrás de la recta, entre la carretera y la explanada en donde, frente a la iglesia, alrededor de la placita con su prócer trasnochado, continúan creciendo de su cuenta una ceiba y un jabillo. Los chaguaramos son nuestros cronistas naturales, cifran el tiempo, de abajo hacia arriba, como si fueran postes de telégrafo o sismógrafos. Saben que más cambió la aldea para los que se fueron que para los que nos quedamos.

La provincia del hombre

La provincia del hombre es él mismo.
Los ríos afluentes son sus piernas
cuando todavía puede caminar.
Sus hombros son las montañas
que destilan hacia los sobacos ríos de sudor.
Sus brazos son las aspas del molino de viento
que jamás pudo vencer.
Los truenos de la tormenta, su mente que se agita.
Su capital, el ombligo.

Camino de hormigas

Humboldt asienta que los insectos fosforescentes (llamados cocuyos) copian sobre la tierra el espectáculo del cielo estrellado.

Igual podría decirse de los caminos de hormigas.

Pero las hormigas solo copian la forma

atolondrada en que los individuos

se desplazan en las ciudades.

De alguna manera, a semejanza de estos,

las hormigas trazan siempre el mismo camino

aunque pujan por abandonarlo

y hasta simulen, como los hombres,

que por un momento lo dejan

para volver a tomarlo.

Paisaje con ruinas

Por insensato que parezca, nada es tan impertinente como ver las ruinas del palacio desaparecer en medio de hojas y bejucos de una intrincada jungla. La naturaleza armoniza bien con el progreso, pero después que este ha pasado.

Entretanto, el paisaje que resulta de la mezcla en porciones iguales de lo que ahora crece y lo que, beneficiando a la naturaleza, desde hace tiempo ha muerto, garantiza paz a los restos.

El habla del mar

Poco nos cuenta de sí este mar indescifrable
que fuimos a visitar ayer. Frente a él
solo nos fue dado contemplarlo. Y es eso
lo que lo vuelve indescifrable. El
que solo nos está dado contemplarlo.
Y que nuestra curiosidad no pase de allí.
El colmo, sin embargo, es que tanto oleaje sonoro
contenga un habla y que ésta nada nos aclare
del mundo y de sí. Ni de nosotros.

Vuelta y vuelta

El poeta lee sus poemas
como si se tratara de plegarias.
Piensa entonces
que la poesía es religión.
Pero cuando, pasado cierto tiempo, vuelve
a leerlos y encuentra, caramba,
que no son tan buenos, cambia de opinión.
Ahora piensa que no hay verdaderas razones
para dejar de seguir siendo ateo.

Jaula

Mi alma no tiene escapatoria
y no saldrá de mí sino cuando yo expire.
Está en mi cuerpo como en una jaula
y la puerta, por ahora, está bien cerrada.
Que cante como pájaro si quiere
sentirse libre.

Los barrotes son firmes y de buena factura.
Y aunque las puertas descarrilaran
los muros no serían fácilmente abatidos
ni el viento entraría a apagar su vela.
Que cante como pájaro si quiere
sentirse libre.

El curso y lo fútil

No concibo el torrente
sumiso al cauce que lo conduce
sin imaginar el sonido que en su raudo
deslizarse entre las rocas
bajo el puente le sirve de anuncio.

Así nuestras vidas.
Prisioneras en su angosto curso,
necesitan algo más para completarse.
Necesitan el chisporroteo
que producen al quemarse.

El primero y el último

Cuando yo nací, nació el primer hombre y nació
en una ciudad que ya estaba hecha.
También todo lo demás excepto
lo que yo hice estaba hecho, mal o bien.
¿Y cómo entonces pude haber sido yo
el primer hombre y no el último?

Cuando yo nací,
nació el primer hombre y nació en un vasto
y cansado universo que, desde mucho antes
y sin prisa, rodaba y rodaba hacia su fin,
arrastrando en su bola de fuego
a todos los que lo habían hecho, mal o bien.
¿Y cómo entonces no fui el primer hombre
sino el último?

El festín

¿Ha sido para el enjambre
de minúsculas hormigas
el sobrante de azúcar disuelta
en el fondo de la taza
que contenía té
un festín
o una emboscada?

¿Quién duda que se dieron su banquete?
Pero pocas regresaron
para contarlo.
Así nosotros.

El compromiso

Vean estos árboles impasibles.
Nada de lo que está ocurriendo
les hace tomar partido.
No se forman ninguna opinión, buena ni mala
del estado del tiempo. Les importa un comino
que las aguas salidas de madre
hayan invadido los campos, las casas,
las sementeras.
Apenas si están allí, en fila india,
formando un renglón de palabras
que el viento afila, listos
para suscribir la frase:
“Yo no fui”.

La música del poema

La música del poema no hace ningún ruido
ni siquiera para darse a saber. El poema está demasiado
ocupado en librarse de las palabras.
Y son estas en su afán de retenerlo
las que meten todo ese ruido
que confundimos con la música del poema.

Diálogo de una sola punta

—Aquí está la cuerda. Hale usted por esta punta mientras yo sujeto la otra.

—Pero, ¿cómo? Si esto no es una cuerda. Es una culebra.

—Entonces agarre usted la cabeza que yo asiré la cola. ¡No vamos a pelearnos por un problema semántico!

Si no viene a nosotros

—Y bien, no tenemos más tarea que la que está por delante. Habrá que cambiarla de sitio. Y con decirlo me mostró una montaña.

Sin duda que no es tan fácil hacerlo como tener fe, Fe en cualquier cosa menos en que con ella pueda cambiarse de sitio a una montaña.

Boquear con propiedad

Boquear con propiedad es una de las virtudes que a la hora de morir hacen la diferencia entre el hombre y el pez.

¿Quién en esta circunstancia mantiene la compostura?
Por regla general el pez.

Los cazadores orantes

Enmascarada,
la iguana aceza
con sus zarcillos sacrílegos.

¿A qué dios pagano se le consagra
este atuendo de escudos africanos
que con el verde de los bucares tatuados
hace juego?

El misterio ampara
y convierte en prodigio el celaje
de la imagen que al deslizarse
deja solo de sí la resonancia móvil
de una fronda de cambiantes colores.

¿Y cuando se sumerge en las aguas
herida por el disparo
sabremos al fin
qué memoria prehistórica
por fin la recobra?

Canción para el final

*Si el fin ha llegado,
también pasará.*

M. STRAND

El fin también pasará
y vendrá después de este

-el nuestro- otro fin
que también pasará.

Y así hasta el final
el infinito cansado de rodar

diga si prefiere
dejar las cosas donde están.

O si a su vez buscará
como nosotros que otro fin

un poco más allá
ponga el punto final.

Noticia bibliográfica

Los poemas que integran el volumen *El brillo y la palabra* pueden leerse también en los siguientes libros del autor: *Curso corriente* (1992), *Una cáscara de cierto espesor* (1985), *Diario de una poesía mínima* (1986), *Principios de urbanidad* (1997), *Poesía por mandato* (2014) y *Trozos de un diario descosido* (2017).

ÍNDICE

PREFACIO	9
EL BRILLO Y LA PALABRA	11
Así tu avance (a manera de epígrafe)	13
El brillo y la palabra	15
Las palabras	16
La inspiración	17
Pequeño alfabeto	18
Cantar a los pájaros	19
La ubre común	20
Estos alegres bucares	21
La cascada	22
El médano	23
Rayado en el cielo	24
La lluvia	25
Lleno y vacío	26
Sobre un petroglifo	27
La risa es pariente del aleteo	28
El poema/La realidad	29
Rosa abolida	30
Los pájaros	31
Dos haikús	32
La página	33
Consejo a los jóvenes poetas	34
El poeta es un pequeño dios	35
Los muros de mi ciudad	36
Regreso al lar (1953)	37
La provincia del hombre	38
Camino de hormigas	39

Paisaje con ruinas	40
El habla del mar	41
Vuelta y vuelta	42
Jaula	43
El curso y lo fútil	44
El primero y el último	45
El festín	46
El compromiso	47
La música del poema	48
Diálogo de una sola punta	49
Si no viene a nosotros	50
Boquear con propiedad	51
Los cazadores orantes	52
Canción para el final	53
NOTICIA BIBLIOGRÁFICA	55

EDICIÓN DIGITAL
abril de 2018

Caracas - Venezuela

Juan Calzadilla congrega esa, su ¿otra? poesía, la que parece alejarse de esa urbe frenética que cierta crítica se empeña en considerar como el –único– espacio que ocupan sus obsesiones literarias. Es, pues, una colección, o mejor, recolección de poemas provenientes de diversos libros que evidencian las resonancias que en su alma desencadena la relación con los componentes del paisaje y la naturaleza indómita. Ríos, médanos, jardines o montañas; alegres bucares y apamates; un tomate y la flor blanca del manzano; el cantar de los pájaros o el camino de las hormigas o la fosforescencia de los cocuyos; la piedra y la lluvia; han alimentado su lenguaje por medio de imágenes y metáforas desde aquellos primeros poemarios como *La torre de los pájaros* (1953) y *Primeros poemas* (1954), apartándose de ese “dogma” que sostiene que el poeta de la vanguardia actual escribe –solo– sobre temas urbanos. Desde las vivencias infantiles, desde las evocaciones del paisaje visual, emerge “la marca del lar”, la cual aflora como “un registro más contemporáneo que roza el plano ideográfico o abstracto”. No teme el poeta al admitir que la poesía tiene, también, un fin instructivo. Este libro se propone “explicar los orígenes de donde venimos”.

JUAN CALZADILLA (Guárico, 1931)

Nacido en Altagracia de Orituco, Guárico, en 1931, Juan Calzadilla ha aportado a la cultura venezolana desde la poesía, el dibujo y la pintura, la investigación, la crítica y la promoción cultural. Cursó Letras en el Instituto Pedagógico Nacional y Filosofía en la UCV. Desde joven escribe sobre la plástica y expone trabajos en tinta china y pastel. En los 70 fue cofundador del grupo El Techo de la Ballena. A partir de los 80 depura un estilo caligráfico basado en el gesto y el automatismo psíquico. En 1996 recibe el Premio Nacional de Artes Plásticas.

